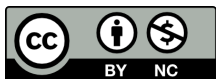




Beckmann, Max
Sobre mi pintura
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Buchwald Editorial, 2021.
Traducción de: Enrique Salas

Título original: *Über meine Malerei*, 1938
Imagen de tapa: *Ruhende Frau mit Nelken*, Max Beckmann, 1940



Buchwald Editorial

Buenos Aires / Argentina
info@buchwaldeditorial.com
www.buchwaldeditorial.com

Max Beckmann

Sobre mi pintura

New Burlington Galleries, Londres, 1938

BUCHWALD

Estimadas damas, estimados caballeros,

Lamento mucho no poder expresarme en lengua inglesa. Pero quién sabe, quizá más adelante pueda desagaviarlos. Como condición previa y necesaria para mi remedo de explicación (mejor dicho, una explicación a priori casi imposible) me gustaría recalcar que nunca he participado de manera activa en política. Sólo intenté materializar, con toda la intensidad que me fue posible, mi visión del mundo.

La pintura es algo difícil y exige total entrega. Y es posible que haya pasado por alto, como un ciego, sin siquiera reconocerlos muchos aspectos de la vida real y política. Sin embargo, parto de la premisa de que existen dos mundos: el mundo del espíritu y el de la realidad política. Ambas son funciones claramente delimitadas de la manifestación de vida [*Lebensmanifestation*], a veces entran en contacto, pero, en principio, son fundamentalmente distintas. Ustedes decidirán cuál es más importante. Para mí y mi trabajo lo más importante es la idealidad [*Idealität*] que se esconde detrás de la aparente realidad. A partir del presente dado, busco el puente hacia lo

invisible; ya lo dijo un famoso cabalista: “*Willst du das Unsichtbare fassen, dringe, so tief du kannst, ein - in das Sichtbare*”. [Si quieres aprender lo invisible, adéntrate tan profundamente como puedas en lo visible]. En mi caso, siempre se trata de capturar la magia de la realidad y traducirla en pintura. Hacer visible lo invisible por medio de la realidad. Puede sonar paradójico, ¡pero no es más que la realidad la que conforma el verdadero misterio de la existencia!

Palpar el espacio es decisivo para mí. Transferir altura, ancho y profundidad a la superficie del cuadro, de modo que, a partir de estas tres realidades espaciales, se construya una superficie abstracta del mismo, me da seguridad ante la infinitud del espacio. Mis personajes van y vienen y me hacen feliz e infeliz. Yo, sin embargo, trato de retenerlos en el acto de desvelar su aparente contingencia. Trato de encontrar el ego único e inmortal: en los animales y las personas, en el cielo y el infierno, ya que juntos conforman el mundo que vivimos.

Espacio, espacio, y otra vez espacio, la deidad infinita que nos rodea y en la que nosotros mismos

estamos. A eso busco dar forma por medio de la pintura. Una función fundamentalmente distinta a la de la poesía y la música; pero para mí, una necesidad predeterminada. Cuando experimento acontecimientos espirituales, metafísicos, terrenales y sobrenaturales, solo puedo retenerlos por medio de la pintura. El objeto no es lo decisivo, sino su traducción, con los medios de la pintura, a la abstracción de la superficie. Es por eso que casi no necesito cosas no representativas: el objeto dado ya es bastante irreal para mí y solo puedo hacerlo representativo a través de los medios de la pintura. A menudo, muy a menudo, estoy solo. El estudio de Ámsterdam, un gran depósito de tabaco, está una vez más lleno de formas de tiempos remotos y modernos, y el mar, tan cerca y tan lejos, siempre juega en mis pensamientos a través de la tormenta y la luz. Entonces las formas se concentran en cosas que, en el gran vacío e incertidumbre del espacio que llamo Dios, se me presentan comprensibles.

El ritmo constructivo de la Cábala me ayuda a veces en esto. Cuando mis sueños vagan sobre Oannes y Dagón, atravieso los últimos días de los continentes

hundidos de nuestro planeta. La calle y el hombre, la mujer y el niño, el aristócrata o la prostituta, la doncella o la princesa no son más que eso para mí. Sueños ambivalentes me atraviesan entremezclados, Samotracia, Piccadilly o Wall Street. Eros y *no-querer-ser-más*, todas estas cosas me asaltan, como la virtud y el crimen, en blanco y negro. Sí: blanco y negro, esos son los dos elementos con los que tengo que lidiar. La suerte o la mala suerte quieren que no sólo pueda ver blanco ni sólo pueda ver negro. Uno solo sería mucho más fácil y claro. Pero entonces no existiría. Sin embargo, es el sueño de muchos querer ver sólo lo blanco (solo lo objetivamente bello) o solo lo negro (lo feo y negativo). No puedo evitar reconocerme en ambos. Solo en ambos, en blanco y negro, veo a Dios como una unidad, lo veo como un gran teatro mundial que se reconstituye constantemente.

Casi sin querer, pasé de los principios formales a las ideas trascendentes. Un asunto del que, en ningún sentido, soy “experto”. Aun así, no me avergüenzo.

En mi opinión, todo lo esencial en el arte, desde Ur en Caldea, desde Tell Halaf y Creta, ha surgido

siempre del sentimiento más profundo por el misterio del ser. Convertirse en un “yo mismo” [*Selbst*] es el impulso de todas las almas que aún no tienen realidad [*wesenlos*]. Busco ese “yo mismo” en la vida y en la pintura.

El arte es para el conocimiento, no para el entretenimiento, la glorificación o el juego. La búsqueda de nuestro propio ser es el camino eterno, el camino inevitable que tenemos que recorrer. Claro, existen muchas formas de hacerlo: la literatura, la filosofía o la música; pero mi forma de expresión es definitivamente la pintura. Agobiado –o dotado– por una terrible sensualidad vital, tengo que buscar la sabiduría con los ojos. Destaco particularmente los ojos, pues nada sería más ridículo e insignificante que una cosmovisión cerebral pintada sin el terrible furor de los sentidos por toda forma visible de belleza y fealdad. Si los así llamados temas narrativos surgen de la forma que he encontrado para lo visible (es decir, retratos, composiciones representativas o paisajes), estos tienen como base condiciones sensoriales, en este caso, los ojos; y cada tema cerebral se transforma una vez más en forma, color y espacio.

Todo lo cerebral y trascendente se une en la pintura por medio de un trabajo ininterrumpido del ver. La intensidad de mis sentidos anotan con avidez cada tono en una flor, rostro, árbol, fruta, mar o montaña, y es a estos sentidos que después llega, de forma inconsciente, el trabajo de mi mente y, en definitiva, la fuerza o debilidad de mi alma. Este originario e inmutable centro de poder hace que la mente y los sentidos puedan expresar cosas personales. El poder del alma obliga al espíritu y a los sentidos a no dejar de hacer acrobacias y ampliar así la visión del espacio.

Quizá haya algo de eso en mis cuadros.

La vida ya es de por sí difícil; todo el mundo lo sabe. Para evadir un poco estas dificultades, practico la estimulante profesión de pintor. Admito que existen formas más lucrativas, pero prefiero darme el lujo. Es que hacer arte y además querer tener una opinión propia es definitivamente un lujo. Por Dios, si nada es más lujoso; pero no es más que un deporte, y espero que uno bueno; al menos uno de los pocos que hacen que esta existencia bastante difícil –y a veces molesta– me resulte un poco más interesante. El

amor, en un sentido animal, es una enfermedad –necesaria para la vida– que hay que superar; la política, un juego bastante cómico –no sin riesgo de perder la vida, como algunos dicen–, pero probablemente con momentos entretenidos. Comer y beber bien: hábitos que no deben despreciarse, generalmente con consecuencias negativas. Navegar alrededor del mundo en 91 horas –seguramente agotador– y las carreras de autos y los aviones y la destrucción atómica. Eso sí, lo más agotador es el aburrimiento, el motivo –me temo– por el cual esta honorable asamblea –y muchas otras en muchos otros lugares y con muchos otros fines– se ha reunido.

Pues bien, eso también lo sabemos.

Así que, mis muy estimados semejantes, permítanme participar de su aburrimiento y de sus sueños, y participen de los míos, que quizá también sean los suyos.

En el fondo, aunque se haya dicho todo lo necesario sobre arte, siempre resulta inadecuado expresar con palabras las propias acciones. Aun así, mientras el poder de la imaginación alcance, seguiremos

hablando y pintando, haciendo música, aburriéndonos y enojándonos, haremos guerras y haremos las paces. La imaginación quizás sea la cualidad más divina del ser humano. Por eso, mi sueño es la imaginación del espacio. La modificación de la impresión óptica del mundo de los objetos por medio de una matemática trascendente del alma. Ese es el punto de partida. En principio, está permitido hacer cualquier cambio en el objeto mientras el proceso pueda ser legitimado por cierta potencia creadora. Si genera emoción o aburrimiento en el espectador, eso, damas y caballeros, depende de ustedes. Lo decisivo para mí es la aplicación uniforme de un principio de forma [*Formprinzip*] que al modificar el objeto haga uso de la imaginación. Una cosa es cierta: necesitamos la traducción del espacio tridimensional del mundo de los objetos al doble de la superficie de la imagen. Cuando la superficie de la imagen se llena sólo con una experiencia espacial bidimensional, tenemos artes prácticas [*Kunstgewerbe*] o decoración. A veces uno también puede deleitarse con ellas. A mí me aburren y no me proporcionan una experiencia visual completa.

Transformar la altura, el ancho y la profundidad en la superficie bidimensional es la experiencia mágica más poderosa posible, y de ella surge un indicio de aquella cuarta dimensión que busco con toda mi alma. Desde el principio, siempre he estado en contra de que el artista escriba o hable sobre sí mismo y su obra. No es vanidad o búsqueda de éxito lo que me obliga hoy a tomar la palabra sobre cosas de las que normalmente no hablo. El mundo se encuentra en una situación tan catastrófica, también artísticamente, que me veo obligado –llevo casi treinta años viviendo como un ermitaño– a salir de mi espacio y manifestar las pocas ideas que tengo y por las que he luchado.

Continúo con la formulación de mi intento de realización artística: el mayor peligro que nos amenaza a todos los seres humanos es el colectivismo. En todas partes se intenta reducir la felicidad o las posibilidades de la vida de un ser humano al nivel de una colonia de termitas. Me opongo a esto con todas las fuerzas de mi alma. La individualización del objeto representado artísticamente a través del sentimiento de simpatía y antipatía es necesaria y sirve

para enriquecer la forma. Al eliminar las relaciones humanas directas y recíprocas, en la representación artística surge el mismo vacío que nos afecta más o menos a todos. Los cambios formales individuales de cualquier detalle del objeto a representar son medios indispensables para la representación del volumen corporal total. Eso significa: la relación de compasión por el prójimo tiene que restablecerse.

Claro que existen muchas formas de hacerlo. A mí me sirve de manera muy efectiva la luz, en primer lugar, como estructura de la superficie del cuadro, y, en segundo lugar, para adentrarme con más profundidad en el objeto. Como aún no sabemos qué es realmente este “yo”, este ego que nos forma a ti y a mí, cada uno a su manera debe abrirse paso más y más en lo profundo, y descubrirlo. Porque el “yo” es el secreto más grande y más velado del mundo. David Hume y Herbert Spencer redujeron el “yo” a un conjunto de impresiones e ideas, pero detrás de ellas no pudieron encontrar nada. Pues creo en el “yo” en su forma eterna e inmortal, cuyos caminos son, de manera incomprensible, nuestros caminos. Por eso me interesa el individuo, la

totalidad de lo que llamamos “individuo”, y trato de explorarlo y representarlo de todas las formas posibles. ¿Qué sos? ¿Qué soy yo? Estas son las preguntas que me persiguen y atormentan, pero, quizás, también contribuyan a mi trabajo artístico. Claro que como pintor, el color es algo hermoso e importante, una expresión extraña y magnífica de un ámbito incomprensible de lo eterno. También lo necesito para enriquecer la superficie del cuadro y para adentrarme en el objeto a representar. Hasta cierto punto determina mi actitud anímica, pero está subordinado al tratamiento de la luz y, sobre todo, de la forma. Un predominio del elemento cromático a expensas de la forma y el tratamiento espacial sería el inicio de un doble tratamiento del espacio en la superficie del cuadro y, por tanto, un acercamiento a las artes prácticas. El color puro y los colores quebrados deben usarse al mismo tiempo, ya que uno realmente resalta el otro.

Pero son sólo teorías y las palabras son demasiado imperfectas para definir realmente problemas artísticos. Lo que tengo en mente y lo que quiero materializar quizás pueda expresarlo mejor en una

especie de visión embriagada. Una noche, una de mis figuras, quizás de *Temptation*, me cantó esta extraña canción:

Vuelvan a llenar sus calabazas con alcohol y denme la más grande. Solemne, encenderé las luces altas, las enormes velas, para ustedes. Ahora, en la noche. En la profunda negra noche. Jugamos a las escondidas, jugamos a las escondidas sobre mil mares. Nosotros, dioses, dioses - al amanecer, al mediodía y en la noche negra. Ustedes no nos ven, no pueden vernos, porque ustedes son yo. Por eso nos reímos con tanto deleite al amanecer - al mediodía y en la negra noche. Las estrellas son nuestros ojos, la niebla del mundo nuestras barbas, almas humanas nuestro corazón. Nosotros nos escondemos, ustedes no nos ven, y eso es lo que queremos - al amanecer, al mediodía y en la negra noche. Nuestras antorchas arden sin fin, plateadas, rojas incandescentes, violetas, verdes azuladas, verdes y negras. Las portamos mientras bailamos sobre los mares y las montañas, sobre el aburrimiento del mundo de la vida. Dormimos - y las estrellas orbitan en un sueño

apático. Despertamos - y los soles comienzan su baile sobre banqueros y ovejas, sobre prostitutas y príncipes del mundo.

En ese tono, y por un buen rato, la figura de mi *Temptation* siguió hablándome y cantándome, y desde el cuadrado de la hipotenusa, trataba de establecer cierta constelación híbrida para los gigantes rojos y el sol central. Estaba despierto y seguí soñando un poco más. Una y otra vez, la pintura apareció ante mis ojos como la única expresión posible de la imaginación. Pensé en mi viejo y gran amigo Henri Rousseau, ese Homero en el cuarto del portero, cuyos sueños de selvas a veces me han acercado a los dioses. En el sueño, lo saludé respetuosamente. A su lado vi a William Blake, esa emanación noble del genio inglés. Me saludó amistosamente con una paternidad sobrenatural:

Tené confianza en las cosas, dijo, no te dejes asustar por lo terrible del mundo. Todo está donde debe estar y es correcto y tiene que seguir su camino para alcanzar la perfección - una perfección mayor, nunca del todo alcanzable. Buscá ese

camino, y comprenderás cada vez con más profundidad la belleza ilimitada de la creación que se origina en el propio “yo”, amarás cada vez más y te desprenderás cada vez más de todo lo que aún es para ti deplorable, triste o terrible.

Me desperté, estaba en Holanda, en medio de la confusión sin límites del mundo. Pero mi creencia en una definitiva liberación y redención de todas las cosas que me atormentaban y deleitaban se renovó y, tranquilo, volví a poner mi cabeza sobre la almohada. Para seguir durmiendo y soñando.



BUCHWALD
EDITORIAL